

TEMBLAR (O RECUERDOS PARA SOBREVIVIR)
don Juan Balbuena

No creo que haya conocido en mi larga y azarosa vida a alguien que haya amado a una mujer de la manera tan intensa como él amó a "mi Irena", que era como él solía referirse a su esposa. Sentí una enorme pena al ver aparecer a Janusz por el lugar donde yo me encontraba, el mismo infierno. Llegó destrozado por el cansancio, pero más por la incredulidad de que algo tan atroz pudiese estar ocurriendo ante los ojos de la Humanidad. Aquello era incomprensible para la enorme sensibilidad que definía su carácter de artista —era un soberbio violonchelista—, tanta que pensé que sería carne de chimenea en apenas unos días. Me equivoqué en mi apreciación. Porque aunque en su honda mirada podía adivinarse la amarga añoranza que sentía al haber sido separado a la fuerza de su amada Irena, a esa nostalgia se aferró para sobrevivir, para soñar con el reencuentro.

Janusz e Irena llegaron de la mano a la estación del tren. Hasta allí fueron conducidos en camiones en compañía de otros cientos de personas. Durante horas, hombres mujeres, niños y ancianos permanecieron hacinados en los andenes, obligados a permanecer de pie y teniendo que soportar temperaturas inclementes. Posteriormente fueron separados por sexo y edades y embarcados en pestilentes vagones para animales, recibiendo empujones, gritos y ladridos de perros que escupían la rabia por sus belfos espumosos.

A los hombres entre los que se encontraba Janusz a su llegada —como a mí mismo me ocurrió meses antes— no solo les decían que merecían la suerte que estaban corriendo, sino que, para que lo tuviesen bien presente y claro desde el primer segundo, en la puerta de entrada así lo advertía con enormes letras un gran cartel con aspecto de guillotina, bajo el cual tuvieron que pasar humillados, entonces sin imaginar que la mejor de las suertes que habrían podido correr fuese morir en ese mismo instante; al menos se habrían librado de tener que pasar por las trágicas e inhumanas experiencias que vivirían al otro lado de la puerta de entrada al campo de concentración.

Un par de años después, el campo de concentración fue liberado. Apenas hacia unas horas que Janusz había fallecido, su cabeza apoyada en mi brazo mientras yo trataba de darle a beber un sorbo de agua. En un bolsillo de su harapiento pijama carcelario, en el que apenas se distinguían las rayas, encontré una carta dirigida a su esposa. Decía así:

<< Amor mío: nunca hubiera imaginado que alguien pudiese llegar a erigir lugares como estos, auténticos templos donde, por cuestión de raza o credo o ideología, se cometen impunemente atrocidades indescriptibles al tiempo que quienes las llevan a cabo son venerados por sus cómplices. Solo estando aquí adentro puede uno alcanzar a valorar la verdadera dimensión de las penalidades que tenemos que soportar; a comprender hasta qué punto de inmensa puede llegar a ser la maldad que pueden llegar a desplegar los hombres. Pero fíjate lo extraño que es el hecho de que en medio de tanta barbarie esté entendiendo lo grande que es mi amor por ti; tanto que pienso aferrarme a los sentimientos que despertaste en mí para sobrevivir a esta locura que no tiene nombre, aunque quizá algún día se lo dé la Humanidad para que no se vuelva a repetir este infame holocausto.

No son las temperaturas bajo cero las que me hacen estar aterido; ni la intensa humedad que se levanta del suelo para envolver mis huesos con una mortaja gélida; ni el desasosiego ante lo que pueda pasarme... Tampoco me causan miedo las llamaradas que salen por la boca de la gran chimenea –la llaman la puerta de salida–, provocando ventiscas de cenizas durante todo el día que estremecen al más fuerte de todos nosotros con solo pensar que esa sea nuestra salida en breve, pensamiento que nos hiela la sangre. Nada de eso me causa tanto pavor como el que me provoca tu ausencia. De sobra sabes que sin ti me siento perdido, sin ánimo ni fuerzas para seguir adelante.

No tenerte a mi lado me hace temblar como si fuese un perrillo abandonado al nacer. Temblar al pensar que no volvamos a reencontrarnos. Temblar al imaginar que la cálida luz de tu mirada no pueda desentrañarla en el tremolar de las estrellas, que en este instante están cubiertas por las nubes. Temblar al sospechar que el sabor de los besos

que soñé recibir de tu boca a lo largo de nuestras vidas no alcance a saborearlo ni en el recuerdo de los que ya nos dimos. Temblar al temer que el olor de tu pelo mojado no pueda hallarlo en la fragancia de la tierra húmeda, que ahora está cubierta por la nieve. Temblar al dudar de que la dulce tonada de tu voz no pueda adivinarla en los trinos de los pájaros que, silenciosos, anidan en el bosque cercano. Temblar al figurarme que la suavidad de tus manos no pueda sentirla en mis sueños, donde tú, centro de todos ellos, me acaricias con una ternura infinita... sueños que han dado paso a terribles pesadillas. Temblar con la sola idea de que acabes por convertirte en una imagen que, al igual que sucede cuando tocamos con la punta de los dedos un espejismo, el tiempo acabe por disipar del fondo de mis ojos. Temblar...

Por todo ello escribo esta carta de amor, a la luz de una vela, aun sabiendo que está terminantemente prohibido... que mi vida no valdría ni un Grosz¹ si fuese descubierto por los centinelas. Pero nada de eso me importa o amedrenta. Porque tengo que preservar a toda costa esas sensaciones de felicidad, sosiego y plenitud que despertabas, despiertas y despertarás en mí, mis sentidos en plétora cada vez que estábamos juntos, sensaciones que plasmo en un papel que he de guardar junto a mi corazón, para que sus latidos cobren vigor y logren avivar los recuerdos de los tiempos que vivimos juntos, recuerdos de los que extraeré las fuerzas para sobrevivir, para no temblar.

Solo me resta por decirte que anhelo leerte esta carta cara a cara, nuestros ojos engarzados en una mirada con la que nuestras almas se sentirán abrazadas. Hasta entonces, te ama: tu Janusz. >>

Esta misiva aguarda el tiempo de los justos en el interior del sobre en el donde la guardé hace ya más de cuarenta años. Aun sigo esperanzado en que llegue a manos de su destinataria, y a eso me voy a aferrar para que la enfermedad que padezco no haga sobre mí la labor que dejaron a medias los nazis...

¹ Moneda polaca durante la ocupación alemana (1936-1945)